



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES  
ELISEO MEIFREN



Quando en el lienzo Meifren  
pone un pedazo de mar,  
dan ganas de navegar  
¡y hasta se nota el vaivén!

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El lazo de la corbata, por José Estremera.—Pues señor..., por Fianco Yráyosa.—Sobre lo mismo, por Mánuel Matos.—Cantares, por Eduardo de Palacio.—Prólogo, por Simón Delgado.—Primera visita, por F. Serrano de la Pedrosa.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Eliseo Melibón.—Apuntes.—Al tren, señores, por Cilla.



Ahora resulta que casi todas las personas decentes tenemos un bicho dentro, y que la mayor parte de los sinsabores de la vida los produce él.

El doctor Rodríguez, ó lo que sea, ha venido á hacernos ver la gravedad de nuestra situación con solo pronunciar estas palabras:

—Usted lo tiene.

Hasta ahora vivíamos en la más triste de las ignorancias, y si notábamos incomodidad en la parte interna, lo achacábamos á los disgustos que nos ocasiona la lectura continuada de algunas poesías y á la influencia de los garbanzos, que no se digieren, por más que digan; pero desde hoy ya sabemos que todo proviene del bicho en cuestión, y que hay en el mundo un Rodríguez, uno, trino é indivisible, encargado de nuestra salvación por un precio módico.

Nuestros pesares, nuestros quebraderos de cabeza, nuestras luchas con el sastré, todo reconocen por única causa la existencia de un bicho vtraz, que nos va devorando silenciosamente.

De manera que cuando cree uno comer solo, resulta que está convidado, sin saberlo, á otro ser perfectamente ajeno á nuestra familia.

Ahora que la humanidad se ha convencido, por medio de Rodríguez, de que hay dramas tremendos en el fondo de algunas personas, ya pregunta la fiel esposa al esposo desventurado y víctima del bicho:

—¿Te ha gustado la merluza, cielín?

—Sí—contesta él con aire melancólico.

—¿Y ese?

—Bueno, gracias: no lo siento, pero adivino su satisfacción.

La mayor parte de las señoritas melancólicas que se entregaban á la lectura de baladas y otros excesos fúnebres, producidos por los poetas de regadío, comprenden ahora que la melancolía no era cosa del alma precisamente, y que para curar la languidez y el romanticismo flatulento no hay cosa mejor que una cucharadita de un líquido verdoso que despacha Rodríguez por un corto estipendio.

¿Quién sabe si la mujer amada, la que hizo pedazos el corazón de algún joven poético arrojándolo á la calle después de herirle en la faz con una escoba, obedecía, no al imperioso mandato de la dignidad herida, sino á las sugerencias poderosas del bicho alevel....

Cuentan los doctores, más ó menos Rodríguez, que el bicho se opone á la marcha tranquila de toda función intelectual y que produce desasosiego, mal humor, indigestiones frecuentes, y hasta deseos de escribir zarzuelitas cómicas.

¿Quién me dice á mí, por consiguiente, que esas tiples que no suenan y esos característicos que ladran no tienen algo dentro?

Hay una D.<sup>a</sup> Zenona en el piso segundo de mi casa, que le pega á su esposo todas las tardes, entre dos luces, porque él es aficionado á la política y se va á conspirar al café del Gallo con un barbero y dos sacerdotes.

—¡Pero, D. Liborio!—le dicen los amigos.—No se deje usted pegar por su señora.

—¡Pobrecilla!—contesta él.—No me pega por gusto. Esas son cosas de la otra.

—¿De quién?

—De la solitaria. Hace dos años que la tiene, y desde entonces vive dominada; de modo que cuando me pega, ya sé de dónde viene el golpe.

Hasta entre las solitarias hay categorías, porque unas comen bien y otras arrastran una existencia plagada de penalidades.

No es lo mismo vivir dentro de un arzobispo que de un maestro de escuela.

—¡Buen chasco se llevan algunas solitarias!—nos decía un pobre autor silbado que no cobra, ni come, ni se afeita, ni se muda.

—Yo tengo una hermosísima, y no puede usted figurarse cuánta lástima me da.

—¿Por qué?

—Por las escasetas que está pasando. Hay días que entre ella y yo nos comemos media rosca en seco.

El que se acostumbra á vivir con el bicho dentro y es además persona de buen corazón, lejos de disgustarse, parece como que encuentra alegría en alimentar á un ser necesitado é inocente.

—¿Conque la tiene usted?—preguntábamos á un sujeto apreciable que protege á todo el mundo y cree hasta en la harina de linaza.

—Sí, señor; se ha venido á vivir conmigo—nos contestó sonriendo.—Es una infeliz, y por nada del mundo la abandonaría. Yo al momento les tomo cariño á los animales, y quiere decirse que si había de tener un gato ó una cotorra, la tengo á ella, y me sale más barato

\*\*

Hay gente para todo.

Unos tienen la solitaria y se alegran muchísimo; otros se van á las Ventas del Espíritu Santo á comer conejo sospechoso y á bailar mazurkas con nuestras fregatrices más caracterizadas, y otros acuden al salón de conferencias para ver en qué queda eso de Martos.

¡Mire usted qué mas dará que se acabe la legislatura ó que no se acabe!

Lo mejor es no pensar en estas cosas de la política y lanzarse por la montaña rusa, en pos de impresiones nuevas.

Como dice D.<sup>a</sup> Concha:

—Yo fui con las niñas, porque todo lo quieren probar, y se pasa un rato muy agradable. Desde que me caí por las escaleras encima de un cartero, que no volvió á levantar cabeza el pobre, no había vuelto á sentir una impresión más dulce. Después hasta tuvimos la suerte de que nos acompañara un chico de húsares, sumamente fino, que sujetaba á las niñas por la cintura y á mí me cogía por el pescuezo, porque sabe lo nerviosa que soy.... Sí, señor; hubo un momento en que quise arrojarme de cabeza; pero luego me acordé de las niñas, que no tienen más amparo que el mío en este mundo, y me agarré al húsar.

La montaña rusa está siendo el regocijo de damas y galanes. Llegan allí, pagan dos reales, se despeñan, y el júbilo embarga los corazones.

¡Oh, placer!

LUIS TABOADA.

## EL LAZO DE LA CORBATA

En una casa de huéspedes de la calle de la Abada, ni muy buena, ni muy limpia, ni muy ancha, ni muy baja, hacían varios muchachos una vida alegre y franca, vacíos de capitales, pero llenos de esperanzas. Emeterio, el conocido por el huésped de la sala, que, porque era ya *rei juris*, vivía más á sus anchas, se confesaba dichoso y muy poco ambicionaba, y vivía allí contento y como el pez en el agua. Era el santo matrimonio cosa que le espeluznaba, y antes de tomar esposa hubiera entrado en la Trapa. Así es que jamás hubiera echado de menos nada si hubiese sabido hacerse el lazo de la corbata, y aunque en tal operación de continuo se ensayaba,

la tarea cada día

fué más difícil y larga.

Gracias á que un compañero,

prototipo de elegancia,

le prestaba tal servicio

haciendo un lazo con gracia.

Pero el amigo, una vez

su carrera terminada,

se fué, dejando á Emeterio

en perplejidad tamaña,

que al fin y al cabo, no obstante

de serle tan antipática

la vida matrimonial,

dijo un día:—Vaya, vaya,

pues que no hay otro remedio,

á casarse, y santas pascuas.

Es la mujer de Emeterio

hermosa, discreta, franca,

económica, dispuesta

y muy fiel y muy honrada.

Mas ¡ay, Dios! que tuvo el pobre

una suerte tan infausta

¡que no sabe hacer su esposa

el lazo de la corbata!

JOSÉ ESTREMERÁ.

## PUES SEÑOR...

Pues señor, don Aniceto, que es un viejo de Girona y un excelente sujeto, y una excelente persona que tiene cuatro sobrinos y una prima y dos hermanos y es cosechero de vinos y además comercia en granos, y estudió para ingeniero, sin acabar la carrera

porque no tuvo dinero ni encontró quien se lo diera, por lo cual se vió obligado á buscar algún destino, y gracias á su cuñado que es un catalán muy fino, que se llama don Miguel, le pudieron colocar de oficial tercero en el Ministerio de Ultramar,

Y á los dos meses cabales  
presentó la dimisión  
por entrar los liberales  
á ocupar la situación,  
y se tuvo que volver  
á Gerona muy derecho,  
porque aquí no pudo hacer  
casi nada de provecho,  
y entre los mil desatinos  
que emprendió con sus paisanos,  
uno fué el meterse en vinos,  
y otro el comerciar en granos,  
según carta de Gineá  
que acabo de recibir,  
se ha pasado hace ya un mes,  
sin poderse resistir,  
con una chica preciosa  
que se llama Baldomera,  
tan joven y tan hermosa  
que para mí la quisiera.

Como el tal don Aniceto,  
el viejo de quien he hablado,  
aunque sea un buen sujeto,  
debe ser *ariditinado*,  
ella, de fijo, le engaña,  
sin pararse en niciedades,  
máxime si le acompaña  
la diferencia de edades.  
¿Le adornará la cabeza?  
¿Le habrá tendido sus redes?  
Vamos á ver, con franqueza,  
qué se lo que opinan ustedes?  
Yo, que ni salgo ni entro,  
en hipótesis me fiando,  
pero, la verdad, lo encuentro  
lo más natural del mundo.  
La joven se la ha pegado,  
el viejo se fastidió.....  
y colorín, colorado,  
este cuento se acabó.

FIACRO VAÍXOX.

## SOBRE LO MISMO

AL SEÑOR DON LUIS TABOADA

¿Qué te diré, mi querido Luis? He tenido carta de D. Emilio Martín Gali, el de murras, vamos! el que publica la revista titulada *El Mundo Cómicó*, hecha con materiales nuestros.

Se conoce que el hombre andaba rebuscando en nuestro *Mundo Cómicó* originales para su noble empresa y tropezó con el artículo titulado «¿Qué hacemos?» que te dirigí la semana antepasada. Y ¡claro! lo leyó, pero no metió en él la tijera—¡cata, que es podencol!—aunque, eso sí, le produjo una indignación nobilísima, razonable y justificada.

Y ha cogido la pluma y me ha dirigido una carta.... ¡ah! ¡qué carta! En punto á sintaxis, como si Martín Gali ignorara que hay gramática en el mundo, y en lo relativo á buena crianza, como si los que hacen revistas propias con elementos ajenos estuvieran dispensados de esas cosas.

Mira, Luis, yo disculpo, ó poco menos, la conducta de esas gentes; si ellos no saben escribir en castellano, ni en nada, ¿cómo se las han de componer para explotar la literatura, sino tomándola hecha? Es lo que ellos dirán en sus arrebatos de socialismo puro—porque yo creo que serán socialistas:—«El mundo está mal arreglado: ¿por qué ha de haber quien sepa escribir y quien no? Igualdad para todos.

«Si yo no tengo nada  
que nadie tenga más.»

¡Abajo la propiedad literaria, que también eso es un robo! Y blandiendo las tijeras y haciendo ruido con una lata de petróleo vacía, entran á saco en los periódicos y se reparten lo tuyo y lo mío y lo de los demás. ¡Viva el reparto!

Volvamos á la carta. Te comunico, para tu satisfacción, que el Sr. Martín Gali no es de los que envían padrinos ni madrinas, ni nada, como él dice. De modo que por este lado ya he salvado el pellejo. ¡Algo es algo! ¡Buen peligro he corrido! Conque, en vista de mi impunidad manifiesta, te dirijo este segundo artículo. Ya ves, sabiendo que el Sr. Nitram no es de los que envían padrinos, ¿quién dijo miedo?

Pues bien, me dice el Sr. Martín que él no ha tomado mis artículos, sino que los ha recibido ya tomados de un sujeto de Madrid. Es decir, que sin duda aquí en Madrid tienen un individuo del ilustre gremio de *cortadores*, el cual individuo mete la tijera á todo lo que le parece bien, y se lo envía á Martín Gali á Barcelona (calle del Hospital, núm. 102, donde tenemos nuestros almacenes para lo que gustes enviar). Como ves, tienen el negocio bien montado. ¡Hasta corresponsales!

Como el tal Martín Gali no sabe, por lo tanto, dónde se han publicado por primera vez mis artículos, me pide que yo se lo diga, con objeto de enviar la mitad de su importe (¡la mitad! ¿cuál será la mitad del importe de un artículo nuestro?), con objeto de enviar la mitad, no á mí, sino al editor que los haya publicado por primera vez, —porque no es cosa—según el código de Gali—de que yo cobre mis trabajos quinientas veces.

No; en eso no tiene razón. Si mis trabajos dan de sí para ser explotados 300 veces, yo debo cobrarlos una, y las 499 restantes los Sres. Martín Gali y Compañía.

Lo que es lo mismo, que si conforme he tropezado con este Martín tropezó con otro menos bonachón, me hubiera llevado á los tribunales por tentativa de estafa, puesto que yo había querido aprovecharme de una de las 499 ocasiones en que mis trabajos deben ser cobrados por Martín Gali y compañeros de gremio. De buena he escapado! Ya ves si puedo darme con un canto en los pechos por lo bien que he salido de este negocio. Primero he

corrido el riesgo de perder la vida, y después el de perder mi libertad. ¿Cómo pagaría yo estas bondades á Martín Gali y á la Providencial!

En cuanto á esa nueva teoría, ¿qué te parece? ¡Oh, superior! ¡Me parece que no se le debe haber ocurrido al Niño de Brenes, que si no es editor de revistas, lo es de relojes, y puede decir el hombre al quitarle á un sujeto la capa: «¿Usted, qué se ha creído? ¿Que iba usted á llevar esa capa toda la vida? ¡No faltaba más! ¿Qué descarol! Usted ya la ha llevado una vez; las cuatrocientas noventa y nueve restantes la debo llevar yo. Conque... ¡la capa ó la vida!»

¡Razonable! ¡muy razonable! ¡Vaya, que eso no tiene vuelta de hoja!

¡Ah! También me dice en su carta el Sr. Martín Gali que los dos artículos míos que lleva publicados son *dos majaderías*. ¡Vaya una manera que tiene de acreditar su *Mundo Cómicó*! ¡Diciendo que publica en él majaderías!

Lo que yo no sé es si eso de llamar majaderías á mis escritos será un cargo contra mí que las escribo, ó contra el *cortador* de Madrid que se las envía, aunque considerando que el agente de buscas que Martín tiene en Madrid no es culpable de que yo haga majaderías, el cargo se vuelve contra mí que las hago.

Vamos á ver: ¿cómo me las compondré yo para dar gusto á Martín Gali? Porque yo vengo obligado á escribir á gusto de Martín Gali, aunque no sea á gusto de Sinesio Deigado: todo lo demás es estafar á Martín Gali, y á su *Mundo Cómicó*, y á los lectores de éste que le pagan á Gali para que yo escriba bien y no para que haga majaderías. ¡Vaya, no faltaba más sino que yo pudiera escribir como me diera la real gana! Pues hombre, ¡esto sí que es un abuso de mi parte!

Digo yo, ¿podrá reclamarme daños y perjuicios Martín Gali? Verás, amigo Luis, cómo habiendo sacado ileso mi vida y mi libertad, no puedo sacar ileso mi bolsillo.

Termina su carta Martín Gali diciéndome que por si quiero contestarla (¿Yo? ¡Dios me libre! ¿Qué voy á contestar!), me remite adjunto un sello de 15 céntimos para el franqueo, uno de 10 para que costee el papel y el sobre (el trabajo de escribir gratis, ¡eso ya se sabe!) y un sello de 5 céntimos para que me tome un *refresco purgante*.

¡Vamos! ¿A que no esperabas tú, Luis, que la carta de Martín terminara con un chiste? Pues ya lo ves, concluye con una gracia. ¡Ah! Es de lo más salado que he visto este Martín de mis pecados, sólo que él no quiere derrochar su ingenio y vive del de los demás, que es más cómodo, más breve y más barato.

Conque ya lo sabes, querido Taboada. Recomienda á Palacio y á los demás amigos que citaba en mi artículo anterior que afinen la pluma, que agucen el ingenio y que eviten el escribir majaderías, si quieren librarse del anatema que pesa sobre tu desgraciado amigo y compañero,

MANUEL MATOSES.

P. S. Ahora caigo, mi querido Luis, en que con tanto hablar de Martín Gali, no se me ha ocurrido decir ni una palabra de tu saleroso artículo del número anterior.

Conste que me ha regocijado, aunque revelas en él tu vituperable vanidad.

¿Te quejas de no tener todavía impermeable? ¡Envidio oso! Todo porque has visto que Leopoldo Cano se le pone en cuanto caen cuatro gotas.

¡Ay! ¡Ojalá pudiéramos encontrar impermeable para nuestros escritos, aunque al cuerpo lo partiera un rayo!

Pero, amigo, este chaparrón de *Martín Gali* hemos de sufrirle casi en pelota.

Tengamos paciencia, ya que no hay otra cosa de que echar mano.

## CANTARES

Voy comó á fuera preso,  
que va mi niña al teatro  
y he de cargarme un estreno.

«Tengo una revista,  
no sé para dónde;  
literatura de la que produce  
sólo para nombres.»

Quando me veo en la calle  
exclamo, sin darme cuenta:  
«¿Cuántos van con menos maeta  
de literatos á Cental!»

«¿Quién dirás que es aquel chico  
que va allí tan satisfecho?»

Pues en un autor dramático  
qué antes era zapatero.

Yo no sé si tú lo sabes,  
pero es que escribes lo mismo  
que araba tu pobre padre.

He visto á varios actores  
de esos que vienen á España,  
y aquí hay algunos... geotas.

Un libro que salga,  
y que no se venda,  
es como mara que echan al correo  
y que nunca llega.

# APUNTES



—¿A qué saldrá ahora ese bárbaro de la ermita? ¡A echarme á perder el conjunto!



—¡Recomba! ¿Qué bicho se me habrá metido por salva la parte?



Una de las zagaias que cantan los poetas bucólicos.



—¿Sabe usted, señor cura, que el pago de Valdelarrama, gracias al sulfato de cobre, se ha librado este año del coco?  
—¡Por algo hicimos la novena á la Virgen del Campo!  
—Sí, señor, á la Virgen..... y al sulfato de cobre.



—¿De dónde sacaré yo ocho mil reales para llevar á baños á mi mujer?  
—¿Y de dónde sacaré yo una mujer que me lleve á los baños?



—¡Ya se van de viaje las de Latiguillo!  
¡Qué bonito traje color de membrillo!



El que lo paga.



La que lo cobra.



El que lo gasta.

Viéndolas desenfadas  
dije, suspirando:  
—¡Ay, qué bien dicen que el teatro  
Pero delatando. (enseñal)

¡Cuidado que hay periodistas!  
El que menos lo parece  
resulta que hace noticias.  
EDUARDO DE PALACIO.

## PRÓLOGO (2)

¡Viva Dios! (como diría  
don Gil Blas de Santillana,  
que hace tiempo tengo gana  
de hablar de la poesía  
castellana.

Y aprovecho la ocasión  
de que mi amigo José  
me pide una introducción  
ó prólogo, ó no se qué,  
para echar mi cuarto á espadas  
en los puntos esenciales  
que tienen preocupadas  
á las personas formales.

Pues señor,  
se trata de averiguar  
si en el siglo del vapor  
es error ó no es error  
ponerse á versificar,  
si la Musa se ha cansado  
de soplar, y ya no sopla,  
y es un loco rematado  
todo el que escriba una copla.

Supone la mayoría  
de la gente  
que ya va la poesía  
decaendo lentamente  
y no encuentran nuestros vates  
la inspiración de los cielos  
con que hacían... disparates  
nuestros ilustres abuelos.  
Pero hace falta saber  
para juzgar en conciencia  
si con esa *decadencia*  
se va á ganar ó á perder.

Yo por mí (Dios me perdone  
si digo una tontería)  
creo que esa poesía  
cuyo fin se presupone,  
la que canta de manera  
que no dice lo que quiere,  
hueca, falsa, tonta y huera  
esa... ¡vaya si se muere!  
Y no importa que se muera.  
¡Basta de versos forzados  
y palabras rebuscadas  
y pensamientos robados  
y frases encopetadas!  
¡Abajo esos fastidiosos  
poemas interminables,  
ampulosos,

pesados, inaguantables,  
y esas odas *A la idea*,  
*Al sol*, *Al mar*, *A María*...  
porque eso no es poesía  
ni importa que no lo sea.

La que siente las pasiones  
y describe lo que siente  
sin pompas ni relumbrones,  
sino líta y llanamente,  
la que no gasta en el traje  
percalina y lentejuelas  
y habla el preciso lenguaje  
de salones ó plazuelas,  
la que arranza al natural  
su caudal

de placeres ó de penas,  
ó de llanto ó de alegría,  
la que busca en sus escenas

verdad... esa poesía  
que no se sale del centro  
por rodeos ni recodos,  
como ha de morir, si todos  
la tenemos allí dentro!

Pájaros, flores, espumas,  
trinos, auras, brisas, hebras.  
todo, afortunadamente,  
cayó en la sima traidora  
del olvido... ¡Ya era hora  
de hablar como habla la gente!

Yo creo que esto es un signo  
feliz. Lo fingido sobra:  
como lo prueba esta obra  
de que soy portero indigno.

López Silva es uno de esos  
poetas de nuevo cuño,  
ingeniosos y travisios  
que van metiendo en un puño  
á los versificadores:  
incorrectos, rimbombantes,  
que cantan dudas y horrores,  
escépticos, señadores,  
románticos vergonzantes...

Sin modelo que seguir,  
libre, expresivo, genial,  
dice lo que va á decir  
y nunca lo dice mal.

Sobre todo,  
sabe dibujar de un modo  
la gente de gorra y faja  
que grita, riñe, trabaja,  
*timó*, se emborracha y pega  
que, en este punto, *quién*  
nadie le aventaja... mas  
que Ricardo de la Vega.

Cuando hace hablar á esa gente  
de rompe y rasga, el ambiente  
de Lavapiés le satura  
y al lector se le figura

*mayormente*  
que la está viendo delante...  
Y es que pinta la verdad  
con esa desesperante  
difícil facilidad  
que ya quisiera yo ver  
en más de tres caballeros  
que tardan años enteros  
en pulir y componer.

Tal vez haya algún error  
en mi modo de pensar,  
porque profesó al autor  
devoción particular;  
pero permitid que crea,  
sin la idea

de adular, ni por asomo,  
que ha de gustar este tomo  
muchísimo al que lo lea.  
El título solamente  
creo que no está bien puesto,  
porque va á creer la gente  
que es demasiado modesto.

El argumento es sencillo:  
—¿Migajas estas migajas?  
Pues si éstas son las migajas,  
cómo será el panecillo!

SINISIO DELGADO.

## PRIMERA VISITA

Eso de tratar siempre á los mismos amigos es muy aburrido.  
La mayoría de las familias no celebra reuniones ni asiste á ellas, y como en el teatro y en los teatros no se presenta casi nunca ocasión de cambiar la palabra con personas desconocidas y adquirir nuevas amistades, la clase media ha inventado, entre otros, un medio de trabajar con rapidez y baratura.

Este medio es el cambio de domicilio.

Aunque la nueva casa no tenga más que dos habitaciones en cada piso, si éstos son cuatro, resultan siete amistades nuevas para la familia que viene á ocupar el cuarto desahogado.

Siete familias, á cuatro individuos cada una, por término medio, *Acen* veintiocho individuos de ambos sexos y de todas edades.

Y entre veintiocho individuos, malo ha de ser que el papá no encuentre un diputado que le asienda, la niña un pollo que monte á caballo (es su bello ideal) y la mamá otra señora tan aficionada como ella á jugar al tute.

Los señores de Tulipán vienen, pues, llenos de esperanzas y decididos á ser en extremo simpáticos á las veintiocho personas con las cuales compartirán en adelante la protección del tejado, la escalera, el aguador... y los servicios municipales.

Además, entre veintiocho, ó por mejor decir, entre treinta y un individuos caben muchísimas combinaciones, y el vecino nuevo ha visto ya en la escalera una ó dos criaditas de la vecindad que le han dejado abiertas de par en par las ganas de combinarse.

En cuanto á la honradez y buenas costumbres de la gente de la casa, los de Tulipán están tranquilos y satisfechos: el casero estuvo elocuentísimo cuando trató de esa materia al cederles el cuarto.

—Una balsa de aceite—les dijo.—En el entresuelo derecha, son señoras solas, madre y dos hijas, andaluzas, muy cristianas y muy simpáticas: tienen piano, pero no le tocan más que cuando algún amigo se lo pide con mucha insistencia. En el entresuelo izquierda, un señor comandante de infantería, viudo, con tres hijos, que los tres estudian para profesores de gimnasia, y son chicos muy alegres y muy robustos. En el principal derecha, un señor abogado que tiene mucha familia y mucho talento: él defiende los imposibles; los asuntos más perdidos los salva en un periquete; los peores asesinos, los ladrones más grandes los pone en la calle en seguida; es una especialidad, y así gana tanto dinero; los chicos tocan el piano, y una de las niñas canta mejor que la otra. En el principal izquierda vive un señor solo, muy religioso, muy formal, todo un caballero. En el segundo, tendrán ustedes enfrente á Vébenes....

—¿El tenor?—pregunta la niña de Tulipán.

—El mismo: también tiene piano, que lo tocan él y su señora á cual mejor.

—Diga usted—interrumpe Tulipán echándola de puritano,—una criadita que he visto en la escalera, muy pipireta y con sortijas finas....

—¡Ah, sí! Muy buena chica, morena: es criada del señor solo.

—No puede ser entonces la que yo digo. Esta es rubia, gruesita....

—¡Ah! La rubia. Sí: también sirve al señor solo. Tiene dos.

—¡Vamos! Ya no está tan solo—dice la señora de Tulipán.

El casero prosiguió imperturbable el panegírico de sus inquilinos, del cual la niña Tulipán sacó en limpio que había en la casa cinco pianos y cinco muchachos más ó menos jinetes; y el señor de Tulipán que le sería muy conveniente, una vez ganada la amistad, hacer algún rato de compañía al señor solo.

La señora de Tulipán no sacó nada en limpio. No era cosa de preguntar al casero:—Diga usted, ¿alguna de las señoras de la casa, juega al tute?

Pero se propone averiguarlo de un modo indirecto. La primera noche que pasan en la casa, los papás juegan una partida en el comedor, dejando la ventana abierta. La señora levanta mucho la voz cada vez que le acusa á su esposo *las cuarenta*, para que la vecindad se entere, y si hay en ella alguna aficionada se anime.

La partida termina con un magnífico *tute* de mamá Tulipán, que entusiasma á la niña, porque ha sido *tute de caballos*.

Ya hemos dicho antes que de ahí no hay quien la apee.

Entretanto los Tulipán están siendo el entremés de siete comedias.

Porque su primer cuidado, después de lamentar amargamente la rotura de una jofaina, un jarro de porcelana de Sevres (casi auténtico) y un termómetro, víctimas de la mudanza, ha sido meter en siete sobres siete tarjetas que dicen: ARCADIO TULIPÁN, apareadas con otras siete en que se lee: AMPARÓ CERDILLA DE TULIPÁN; y las han distribuido entre los vecinos.

—¿Sabes, Camilo, que los vecinos nuevos han mandado tarjeta?—dice á su marido una de las señoras del piso tercero.

—¡Hombre! A ver. «Arcadio Tulipán».... Y no dice la profesión.

—¿Tampoco tu pones en tus tarjetas la tuya.

—Porque es muy largo. ¿Quién va á poner «Fulano de Tal, Auxiliar quinto de la Secretaría del Ministerio de Ultramar»? Ni me las querrían hacer por dos pesetas el ciento.

—¿En empleada á secas.

—Quita allá; eso es peor que poner «saca mantecas.» Si esto fuera país, con los sellos tendría yo bastante para vivir; y tendría el orgullo de poner en mis tarjetas «Coleccionista.» ¡Ah! Te advierto que esta noche me toca estar de guardia en el Ministerio.

—¿Otra vez? ¿Pero es posible que salgas a guardia por semana? Mira, Camilo, que a mí no me la das,...

—Claro que no te doy la guardia.

—Ni al Ministerio tampoco. Yo bien sé qué guardias son esas.

—Mujer, que te estarán oyendo los vecinos nuevos!

Esta observación pone un dique a los furros de la señora de Pequeño.

Al día siguiente pasa este apreciable matrimonio a la habitación de los señores de Tulipán, y son recibidos solemnemente por toda la familia.

Los dos cabezas de familia (esto de que los maridos se cuenten por *cabezas* no tiene maldito el chiste) cambian su correspondiente pitillo y a los dos minutos hablan de ascensos, gratificaciones y descuentos: la niña se aburre porque en aquella familia no hay jinete, y mamá Tulipán se deshace por llegar a hablar del tute.

—El teatro—dice—está muy caro.

—Carísimo—afirma la señora de Pequeño;—nosotros vamos muchas noches, porque a éste le manda localidades un primo suyo director de un periódico; pero la verdad es que está carísimo.

—Yo prefiero cualquier distracción que no me saque de casa; porque las reuniones me cargan soberanamente.

—Y a mí; ¡son todas tan cursis!

—Calle usted, por Dios. Enfrente de la casa en que hemos vivido había reunión todas las semanas. Las señoras eran amigas mías y no hacían más que ponderarme cuánto se divertían, particularmente las chicas, con los juegos de prendas. Pues no han conseguido que yo vaya una sola vez.

—Hacia usted muy bien.

—¿Y cómo ponderaban ellas la gracia del que organizaba los juegos! No se les caía de la boca el Sr. Pequeño.

—¿De cuerpo?

—No, señora; de apellido.

—¿Algún ganso!—exclama la esposa del aludido, reventando de ira.

Pequeño palidece.

Hace un minuto que atiende a dos conversaciones a la vez, y no advierte que una brasa del cigarro le ha caído en el pantalón y lo está quemando.

De pronto da un brinco y lanza un terno de los que no se usan en visita. La brasa ha llegado a lo vivo.

—¡Ay!... Dispensen ustedes; se me ha escapado....

—¿Pero qué es? ¿Qué le pasa a usted?

—Nada, que me quemaba.

—¿Caramba! Es verdad. Niña, trae el espíritu de vino.

—No, señora, no se molesten ustedes; ya nos marchamos.

—¿Tan pronto! Y el caso es que yo estaba oliendo a chamusquina.

—Sí; ya ve usted si había motivo.

—Conque....

Aquí mil protestas de que ambas familias han tenido muchísimo gusto en conocerse y de que les ha servido de gran satisfacción la primera visita; hasta que los señores de Tulipán, que han salido al descansillo, se meten de nuevo en su cuarto, y los señores de Pequeño cierran la puerta del suyo.

¡Santo Cristo! ¡La que allí se arma!

Baste decir que la cuestión de las guardias acaba con la intervención de los guardias.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.



Cuentan a un periódico de Alicante que en Benferri, pueblo de aquella provincia, una perra de pequeñas dimensiones ha dado a luz cinco conejos.

No se dirá que no progresamos.

Porque esas cosas sólo pasaban antes en los Estados-Unidos.

—[Un suicida! ¡Desdichado!

(dijo Lucas tristemente).

—¿Quién tal hace es un demerita!

(exclamó Blas irritado).

¿Qué ejemplo nos puede dar

con su imprudencia atrevida!

¡Yo al hombre que se suicida

lo mandaba fusilar!

Pío ESCAMILLA.

Un médico francés, Mr. Mauricio Henry, ha publicado una memoria tratando de la influencia del tabaco en los hombres de letras.

Según parece, los fumadores llevan la peor parte en la estadística, pues el tabaco engendra, a la larga, mal humor, ideas pesimistas y flojedad de ingenio, mientras los que no fuman son más grandes en sus concepciones, más nobles en las ideas, etc., etc.

Ahora una preguntilla:

¿Fama Carulla?

Por lavarse la cara con esponja,  
tuvo fuertes neuralgias una monja,  
y por lavarse el rostro con las manos,  
murieron siete frailes franciscanos.

Por algo dijo un sabio portugués  
que es muy bueno lavarse con los pies.

F. DE P.

Durante la tormenta:

—Dí, Luisita, ¿tú sabes lo que son los granizos?

—Sí, Pepín; son los confites que regala Dios a los ángeles.

—¿Y por qué los tiran?

—No; si no los tiran. Es que se habrá hundido el suelo de la confitería.

Libros:

*Baladas*, precioso libro de Apelés Mestres, que es, además de dibujante de primer orden, un poeta de verdad. El libro contiene composiciones bellísimas. No copiamos ninguna porque están escritas en catalán. La edición es tan hermosa que honra a la industria barcelonesa. Precio, 6 pesetas.

*Discursos académicos de Rios Rosas*. Tomo VIII, segunda serie de la *Biblioteca andaluza*. No hay para qué encofrer la importancia de este libro. Precio, 1,50 pesetas.

*Industrias literarias* (segunda parte), colección de recetas, consejos, etc., publicados por la *Biblioteca útil*. Precio, 25 céntimos.

*Una herencia*, novela de costumbres contemporáneas, original del conocido literato D. Francisco Vila. Precio, 2,50 pesetas.

*Cantares y seguidillas*, por el bachiller Sansón Carrasco. Un folleto de 54 páginas.

Se anuncia la próxima publicación de una novela del Sr. Loma y Corradi, obra que llamará la atención por la novedad del asunto.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Un cesante y su secretario*.—Ya de la vida cansado  
y por mejorar de fortuna...  
(A este verso le ha sobrado  
sólo una sílaba, ¡una!)

*Arquímides*.—Le hace a usted falta una palanca para remover ese ritmo.

Sr. D. L. R. C.—Zaragoza.—Se publicará.

Sr. D. A. F.—Madrid.—Los diálogos chulescos necesitan mucho saliente y mucha verdad para llamar la atención.

Sr. D. G. V.—Sevilla.—Está bastante mal hecho el romance.

*Legua*.—¿Es usted bobo? Aunque, bien mirado, la pregunta es imprecisa.

Sr. D. J. F. L.—Cartagena.—No podemos publicar artículos. No ha llegado el libro.

*Il barbiere di Siviglia*.—¡Oh, non escribete còplis! ¡Salen malis!

*A Tisa*.—Digo a usted lo mismo que a D. A. F. Y así acabamos más pronto.

Sr. D. D. C.—Madrid.—¿Quiere usted un consejo? Pues abandone definitivamente el campo de la literatura. Por ese camino no se va a ninguna parte.

*A. C. I. T.*—El otro que usted envió y que publicamos cándidamente resultó más viejo que el andar a gatas; por esta razón no se publicará nada de usted en todo lo que nos queda de vida.

Sr. D. J. M.—Madrid.—También el chistecito ese es de ayer por la mañana, como quien dice.

*O. Ieniz*.—¿Que si se ha emendado usted? ¡Al contrario! Peor que eso no puede usted haberlo hecho nunca.

Sr. D. A. M. M.—Arcos.—Siento no poder complacerle, pero no puedo encontrarla ya.

*Uno que se va a Navalcarnero*.—¡Buen viaje, y sin versos!

*Diana*.—¡Por la sagrada Virgen

de los Dolores!

No hablemos de lo que hablan

los ruiseñores.

*K. K. Huss*.—Eso es de López Silva..., pero no lo habrán ustedes visto en este periódico.

*Chirineña*.—¡Ay, señor Chirineña!

¡Qué bien se está en la escuela!

*Litoff*.—Noñ.

*O. G. E.*.—¿Está usted loco ó es broma?

¡Candidísima paloma!

Sr. D. A. R.—Sevilla.—El soneto es malo.

Sr. D. L. R.—Sevilla.—Hombre de Dios, *ingenio* tiene una h que parte al alma. Y ya no puedo seguir leyendo, porque me da rubor, francamente.

## AL TREN, SEÑORES



--Yo hago el viaje en primera.  
 --Y yo en segunda.  
 --Y yo en tercera.

## ANUNCIOS

TIT. V. FAURE.

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y TOBIAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS  
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.  
 Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.  
 Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

## PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.  
 A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.  
 Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.  
 En provincias no se admiten por menos de seis meses.  
 Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.  
 A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

## COMPañIA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA  
CON

## CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS  
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20  
 SUCURSAL: MONTERA, 8  
 MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

## PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELRADO

DIBUJOS DE CILLA  
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librereros y corresponsales, DOS.

## COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

*Sin encuadernar.*—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

## ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado á vuelta de correo.